



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 3 | Diciembre 2020

## La pena de prisión y la ética de la alteridad: el preso como otro<sup>1</sup>

Claudia Spinassi<sup>2</sup>

claudiaspinassi@hotmail.com

---

<sup>1</sup> Al término del presente artículo, Revista Poliedro publica también su versión en portugués, lengua materna de la autora.

<sup>2</sup> Doctoranda en Derecho Penal (Universidad de Buenos Aires); Especialista en Derecho Aplicado por la Escuela de la Magistratura de la Provincia de Paraná-Brasil; Graduada en Derecho (Universidad Provincial de Londrina); Jueza de Derecho hace 14 años (Tribunal de Justicia de la Provincia de Paraná-Brasil); Profesora de la Escuela de La Magistratura (ciudad de Cascavel, Paraná, Brasil); Profesora del Curso de Especialización en Derecho Penal (UNIVEL - Ciudad de Cascavel-Brasil); Coordinadora del Proyecto APAC, representando el Tribunal de Justicia del Paraná, para la implantación de una penitenciaria más humana en la ciudad de Cascavel-Paraná-Brasil.

Existe un consenso unánime en cuanto a que los derechos humanos de las personas privadas de libertad deben ser respetados. De la misma forma, es de conocimiento común que, en la gran mayoría de las cárceles del mundo, la dignidad humana de esas personas no es respetada. La cuestión que queda delante de esa contradicción es por qué razón la dignidad de los encarcelados sigue siendo violada, a pesar de todo el desarrollo de la doctrina de los derechos humanos.



Para contestar esa cuestión, es necesario pensar acerca de la finalidad de la sanción penal y sobre la mirada filosófica de ser humano que la tiene guiñado.

Desde hace mucho, los estudiosos buscan comprender cuál es el fundamento/finalidad de la pena criminal, o sea, cuestionar por qué y para qué se pune. A lo largo de la historia el fundamento del poder punitivo ha encontrado finalidades muy distintas para las penas, siempre según el modelo político-económico vigente.

En los primeros años de la Revolución Industrial, cuando la burguesía inicia la toma del poder contra la nobleza y la población rural comienza a ir a las ciudades en procura de trabajo y a acumularse en barrios pobres, con el consiguiente incremento de la inseguridad urbana, los capitalistas recurrieron al paradigma filosófico del contrato social para justificar la existencia del Estado como un ente responsable por la seguridad de todos. Como reflejo de ese discurso, se produjo un derecho penal fundado en la ficción de la igualdad entre los hombres y a la pena se atribuyó la función de retribución del mal causado.

Con el pasar del tiempo, ya estando consolidada la burguesía en el poder y habiendo crecido la desocupación y miseria en las ciudades, la pena de prisión devino útil para contener a las masas, disciplinar, entrenar y moralizar, preparando para soportar largas horas de trabajo en las fábricas, conforme la

capacidad de producción iba aumentando. Así, la función de la pena pasa a ser la corrección del sujeto desviado.

En la década del 30 del siglo pasado, en la sociedad europea, en el contexto social de posguerra, surge el llamado *Estado de bienestar*, una ideología según la cual el Estado debe actuar como fuerza estabilizadora de la sociedad. En este ideal de Estado, el discurso criminal cambia, inaugurando una perspectiva punitiva centrada en el individuo (*homo criminalis*), que tiene al delincuente como principal receptor de la sanción y protagonista de su ejecución. Surge el llamado modernismo penal, basado en los supuestos políticos y filosóficos de ese Estado de bienestar que se posiciona como responsable de mejorar las condiciones sociales de la población y actúa como agente resocializador de quienes han sido objeto de sanciones penales (Garland, 2014). La resocialización aparece como una opción para legitimar el poder punitivo del Estado, justificándolo pragmáticamente al afirmar que la pena se aplica en vistas al “bien” tanto de los condenados como de la sociedad.

A partir de los años 70 del siglo pasado se inició un proceso de críticas a la prisión desde un punto de vista sociológico y político criminal usualmente calificado como progresista. Los efectos del deterioro de la prisión comienzan a resaltarse y algunos culpan al “tratamiento” en sí mismo del alto número de reincidencias. Inspirada en estos estudios, surge la teoría agnóstica de la pena, según la cual la sanción penal no tiene una función jurídica justificable. Según esta teoría, la aplicación de la pena parte del hecho del poder como tal, sin mayor fundamento, pues aún ante su probado fracaso en la resolución de los conflictos sociales, persiste e incluso se acrecienta un deseo popular de ampliar la pena de prisión.

Partiendo de ese marco teórico de la pena (teoría agnóstica), tenemos que la prisión es un hecho político, un ejercicio del poder punitivo del Estado como forma de garantizar la organización de la vida en una determinada sociedad y que su ejecución ha servido como un instrumento de control, exclusión y aislamiento social.

Ese hecho político, especialmente representado por la prisión, ocurre dentro de una sociedad y, consecuentemente, refleja su forma de constitución. ¿Y qué especie de sociedad tenemos actualmente?

En los tiempos actuales, vivimos en sociedades estructuradas en clases definidas por el consumo, especialmente en América Latina y el occidente. La estructura de dominación proviene del consumo y eso significa vivir en una sociedad de apariencia, donde el origen étnico (casta) o el apellido y la tierra y dinero que se posee (propiedades) no son tan importantes como la ostentación de bienes de consumo: es más importante tener un auto de marca y pasar vacaciones en lugares caros que tener un apellido con abolengo. Por cierto, esto no significa que en general en nuestros países esté asociada pobreza con color de la piel. Sin embargo, un afro que llegue a tener mucho dinero por los medios que fuere y ostenta el consumo de productos caros y prestigiosos pasa a tener un cierto grado de consideración social más relevante que un blanco sin capacidad de consumo. Obviamente esto es un estímulo para obtener esos medios para consumir a través del delito, tanto violento como de cuello blanco. Claro que en esta sociedad basada en el consumo, nada es estable. La posición social puede cambiar en cualquier momento y, precisamente porque las personas se sienten inseguras en su posición social, es que la demanda por seguridad asume una importancia nunca antes vista. El riesgo de frustración y exclusión es grande y constante, pues, como dice Baumann, "no hay estándares en qué nivel permanecer: la línea de llegada avanza junto al corredor, y las metas permanecen continuamente distantes, mientras se intenta alcanzarlas" (1998, p. 56).

De ese modo, es cierto que actualmente la prisión ya no busca disciplinar al sujeto (Foucault, 2008), sino que se contenta con la simple exclusión, contención y control, guiándose por la necesidad constante de seguridad que siente la sociedad (Bauman, 2001). En este escenario, el Estado ha dejado de ser cada vez más un Estado Social para convertirse en un Estado Penal (Wacquant, 2003).

Como ha sostenido Sozzo (2009), lo que tenemos hoy ya no es una prisión-fábrica, ni una prisión-escuela, ni una prisión-monasterio, ni una prisión-familia, ni una prisión-asilo o prisión-hospital, sino una prisión de confinamiento y aislamiento; regulación, vigilancia y sanción; una prisión segura, una prisión jaula o una prisión-depósito.

En este contexto social, los medios de comunicación asumen un papel fundamental en la construcción del ideal de pena de prisión. Es un simbolismo con una carga muy importante: la vuelta del espectáculo y del suplicio público. Al igual que en la Edad Media, en que el monarca castigaba públicamente al delincuente, ante los ojos de los plebeyos, para reforzar su poder y transmitir la sensación de que, bajo su juicio, la población estaba a salvo, al presente el bombardeo mediático ante ciertos actos de violencia puntuales y sobre la necesidad de aumentar las medidas punitivas acentúa en la población la percepción de que más encarcelamiento es la solución a la inseguridad que se siente ante la inconstancia de una sociedad estratificada con base en el crédito y el consumo.

Según lo enseñado por Garland (2014), se advierte el surgimiento de un nuevo discurso criminológico que, afirmado sobre crímenes escandalosos que ocurren excepcionalmente pero que parecen “cosa de todos los días”, generando así un fuerte temor social, usa de las imágenes, los arquetipos y las ansiedades sociales, y no de análisis rigurosos basados en evidencia científica. Surge así un auténtico “populismo punitivo”, en virtud del que “(...) la cárcel será más cárcel que nunca. No habrá en ella ya una utopía reeducativa. La cárcel sobrevive hoy como un lugar que reduce riesgos, como una cárcel de vigilancia para que nadie salga de su sitio” (Anitua 2008 p. 104).

Teniendo a ese escenario como punto de partida, sintiendo la angustia, la inquietud, la negligencia, la falta de compromiso y de responsabilidad de una persona hacia otra y el camino hacia el abismo de la pena de prisión, es urgente buscar un nuevo paradigma teórico-filosófico.

En este contexto, encontramos a Emmanuel Lévinas y su teoría de la "ética de la alteridad". La forma única y profunda de pensar sobre el ser humano de este autor ha despertado interés, revelándose como una posible salida de la egolatría y del individualismo en que vive la sociedad actual, y que se refleja en la pena de prisión. El pensamiento levinasiano se presenta como una propuesta de reflexión y crítica al modelo individualista, competitivo y totalizador de la sociedad contemporánea, que hace de la justicia y de la pena de prisión meros instrumentos para satisfacer los deseos personales de una parcela dominante de la sociedad. Lévinas habla del "rostro que me interpela" y del "otro" que nos permite rescatar nuestra subjetividad al apuntarnos a una responsabilidad incondicional por él. Un "rostro que clama", varios "rostros" que se nos presentan a diario exigiendo justicia. Coloca la ética como "filosofía primera" y la entiende como resultado de la relación Yo-Otro, configurando una nueva perspectiva de reflexión: la de pensarse a uno mismo y a la sociedad desde y con el Otro. Toda la construcción levinasiana tiene como base el Otro. La relación del Yo con el Otro está en el centro de su pensamiento filosófico, pues para él no existe solo una relación del Yo consigo mismo, ni solo entre el Yo y el Otro, sino con diferentes seres humanos (terceros).

Al presentar la alteridad absoluta como una referencia filosófica<sup>3</sup>, Lévinas propone una deconstrucción del sujeto apropiador y centrado en sus propios intereses, sostenido desde el período clásico hasta la modernidad como referencia de la filosofía occidental; un sujeto egocéntrico que desea su libertad de Ser, aunque al costo del sacrificio del otro. De forma contraria, Lévinas propone el descubrimiento del Otro como una ruptura con la totalidad, en busca de la diversidad y, en consecuencia, de la humanidad (Bernardo Gomes, 2008).

Para Lévinas es a través de la salida de uno mismo, que ocurre cuando percibimos y acogimos el Otro, que el sujeto se encuentra a sí mismo. En la apertura al Otro que se encuentra fuera de nosotros, resurgimos como un

---

<sup>3</sup> Cabe recordar que Aristóteles ya se ocupó de la alteridad en el libro V de la Ética a Nicómaco, cuando hizo su estudio de la justicia, considerándola la virtud que existe en relación con el otro (Aristóteles, 2018).

nuevo Yo, un "Yo con el Otro". Por causa de la sensibilidad prerracional, el Yo, cerrado en sí mismo, es conducido hacia afuera, al exterior, y se hace responsable por aquel que se pone frente a él, llevándole más allá del Yo. Según Lévinas:

El Otro permanece infinitamente trascendente, infinitamente extraño, pero su rostro, donde ocurre su epifanía y que apela a mí, rompe con el mundo que puede ser común para nosotros y cuyas virtualidades están inscritas en nuestra naturaleza y que también desarrollamos en nuestra existencia. (traducción nuestra, LÉVINAS, 1988, p. 173).<sup>4</sup>

Basado en la crítica al totalitarismo y aislamiento del Ser-en-sí-mismo, el pensamiento de Lévinas se presenta como importante orientación en la búsqueda de una relación en la que los seres humanos preserven y respeten la irreductibilidad del otro.

Siguiendo por ese sendero, cuando se analiza la situación de las cárceles, el grado de ataque a los derechos humanos que se ha alcanzado, se percibe que el Estado y la sociedad no ven a los presos como Otro, no respetan su dignidad y, en consecuencia, no esperan que reaccionen como seres humanos. En el imaginario social y del Estado, según demuestran los datos estadísticos, lo que se espera es que los presos se comporten como simples animales irracionales: que siendo maltratados vuelvan a la vida social temiendo ser encerrados nuevamente en espacios tan degradantes. El Estado y la sociedad ignoran la otredad de los prisioneros. ¿Pero qué significa eso?

Significa que como "Otros" que son, los presos son un infinito trascendente. Son diferentes, diversos, complejos, inteligentes, capaces de raciocinio, comprensión y organización. Y tanto es así que, cada vez más, se han observado ataques planeados por organizaciones criminales contra instituciones de seguridad pública, ya no más contra autoridades individualizadas. Como seres humanos que son, como "Otros", los prisioneros

---

<sup>4</sup> Outrem permanece infinitamente transcendente, infinitamente estranho, mas o seu rosto, onde se dá a sua epifanía e que apela a mim, rompe com o mundo que nos pode ser comum e cujas virtualidades se inscrevem na nossa natureza e que desenvolvemos também na nossa existência

se han dado cuenta de que el trato inhumano que reciben no está dado solo por una persona, sino por todo un sistema y, por eso, se han organizado y reaccionado contra el sistema penal.

Reacciones como estas podrían ser bastante predecibles si las agencias de seguridad pública y la sociedad considerasen a la pena de prisión desde la perspectiva de la ética de la alteridad, mirando a los prisioneros *cara a cara*, respetándoles como Otros, absolutamente diversos y conscientes de la importancia del Otro (incluso de esos Otros) para la constitución del Yo individual y social. En la realidad, lo que se observa es que la pena de prisión refleja el modelo de humanidad altamente individualista y competitivo de la época actual, funcionando con base en la falsa igualdad homogeneizante de los seres humanos, lo que tiene generado intolerancia, indiferencia, exclusión y violencia.

Creemos que se hace necesaria una revisión de las bases sobre las cuales se fundamenta la pena de prisión, demostrando, en una actitud filosófica reflexiva, que el Derecho, cuando es fruto de una sociedad que no acoge el Otro, no es sino un mecanismo de legitimación de la intolerancia, la indiferencia y la no asunción de responsabilidad. Pero si se piensa al Derecho como factor esencial para la existencia plural del hombre, entonces solo tiene sentido cuando se basa en el reconocimiento de la responsabilidad derivada de la subjetividad acogedora del Otro, que debe reflejarse en la ejecución de la pena de prisión.

La prisión ha sido estudiada, planeada y aplicada bajo la visión filosófica de una ontología totalizante. Analizarla, en cambio, desde la lente filosófica de la ética de la alteridad pone de manifiesto que la ausencia de reconocimiento de la alteridad de los presos es una de las causas de la falta de respeto por sus derechos fundamentales y, al mismo tiempo, del aumento de la violencia que afecta a los que están dentro y fuera.

Así, contestando la pregunta inicial, acreditamos que, entre otros factores, la violación de los derechos humanos de los detenidos sigue ocurriendo porque la base filosófica de la pena de prisión es la ontología de la totalidad

negadora de la diversidad, de la individualidad de cada persona. Defendemos que la pena de prisión debería guiarse por la ética de la alteridad, teniendo en cuenta el preso como el Otro esencial a la formación del Yo y, en consecuencia, como parte integrante e importante en la composición de la subjetividad de toda la comunidad.

## Bibliografía

ANITUA, G. I. *Histórias dos pensamentos criminológicos*. Rio de Janeiro: Revan, 2008.

ARISTÓTELES. *Ética a Nicômaco*. Tradução de Leonel Vallandro e Gerd Bornheim da versão inglesa de W. D. Ross In: Os Pensadores. São Paulo: Nova Cultural, 1973, v.4.

BARATTA, A. *Criminologia crítica e crítica do direito penal: introdução à sociologia do direito penal*. Rio de Janeiro: Revan, 2002.

BAUMAN, Z. *Modernidade e Holocausto*. Rio de Janeiro: Zahar, 1998.

BAUMAN, Z. *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Zahar, 2001.

BECCARIA, C. *Dos delitos e das penas*. São Paulo: Revista dos Tribunais, 1999.

BENTHAM, J. *Teoria das penas legais e tratado dos Sofismas Políticos*. São Paulo: EDIJUR, 2002.

GOMES, C. S. C. L. *Lévinas e o outro: a ética da alteridade como fundamento da justiça*. Dissertação de Mestrado. Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro. Rio de Janeiro, 2008.

BRASIL, Ministério da Segurança Pública. *Diagnóstico do Sistema Prisional*. Departamento Penitenciário Nacional - Ministério da Segurança Pública. Brasília, 2018.

BRASIL, Secretaria Geral da Presidência da República. *Mapa do encarceramento: os jovens do Brasil*. Presidência da República. Brasília, 2015.

BRASIL. Congresso Nacional. Câmara dos Deputados. Comissão Parlamentar de Inquérito do Sistema Carcerário. *CPI sistema carcerário*. Brasília: Edições Câmara, 2009.

CARVALHO, S. *Antimanual de criminologia*. 4<sup>a</sup> edição. Rio de Janeiro: Lumen Juris, 2011.

FERRI, E. *Princípios de direito criminal: o criminoso e o crime*. Trad. Soneli Maria Melloni Farina. Campinas: Bookseller, 1999.

GARLAND, D. *A Cultura do Controle - Crime e Ordem Social na Sociedade Contemporânea*. Rio de Janeiro: Editora Revan, 2014.

LÉVINAS, E. *Totalidade e infinito: ensaio sobre a exterioridade*. Tradução: José Pinto Ribeiro. Lisboa: Edições 70, 1980.

SOZZO, M. Populismo punitivo, proyecto normalizador y “prisión-depósito” en Argentina. *Sistema penal & violência*, Porto Alegre, v. 1, n. 1, jul.-dez., 2009, p. 33-65.

WACQUANT, L. *Punir os pobres. A nova gestão da miséria nos Estados Unidos*. 3<sup>a</sup> edição. Rio de Janeiro: Revan, 2003.



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 3 | Diciembre 2020

## A pena de prisão e a ética da alteridade: o preso como outro

Claudia Spinassi<sup>5</sup>

claudiaspinassi@hotmail.com

---

<sup>5</sup> Doutoranda em Direito Penal (Universidade de Buenos Aires); Especialista em Direito Aplicado pela Escola da Magistratura do Paraná-Brasil; Graduada em Direito (Universidade Estadual de Londrina); Juíza de Direito há 14 anos (Tribunal de Justiça do Paraná-BR); Professora da Escola da Magistratura (cidade de Cascavel, Paraná, Brasil); Professora do Curso de Especialização em Direito Penal (UNIVEL - Cidade de Cascavel-Brasil); Coordenadora do Projeto APAC, representando o Tribunal de Justiça do Paraná, para implantação de uma penitenciária mais humana na cidade de Cascavel-Paraná-Brasil.

Não há entre os estudiosos do direito penal, pelo menos não entre aqueles que o praticam com seriedade, quem discorde de que os direitos humanos das pessoas privadas de liberdade devem ser respeitados. Da mesma forma, é de conhecimento geral que, na grande maioria das prisões do mundo, a dignidade humana dessas pessoas é constantemente desrespeitada. Diante desta contradição, a questão que emerge é "por quê". Por que a dignidade das pessoas privadas de liberdade continua sendo violada diariamente, apesar de todo o desenvolvimento da doutrina dos direitos humanos?

Para responder a essa pergunta é necessário pensar sobre a finalidade da sanção penal e sobre a visão filosófica de ser humano que a tem guiado.

Desde muito tempo, os estudiosos buscam entender qual é o fundamento/finalidade da sanção criminal, ou seja, questionam por que e para que se pune. Ao longo da história, o fundamento do poder punitivo encontrou finalidades muito diferentes para as penas, sempre se adequando ao modelo político-econômico vigente.

Nos primeiros anos da Revolução Industrial, quando os industriais começaram a tomada do poder contra a nobreza e a população rural começou a vir para as cidades em busca de trabalho e se acumular nos bairros pobres, visando controlar os nobres e, ao mesmo tempo, as massas despossuídas, os capitalistas recorreram ao paradigma filosófico do contrato social para justificar a existência do Estado como entidade responsável pela segurança de todos. Como reflexo desse discurso, se produziu um direito penal fundado na ficção da igualdade entre os homens e à pena foi atribuída a função de retribuição pelo mal causado.

Com o passar do tempo, com os industriais já no poder e tendo cada vez mais uma grande massa de desempregados, despossuídos e desocupados acumulada nas cidades, a pena de prisão se apresentou como uma saída útil



para manter as massas na miséria, disciplinar para o trabalho, treinar e moralizar, preparando para suportar longas horas de trabalho nas fábricas, conforme a capacidade de produção fosse aumentando. Assim, a função da prisão passa a ser a correção do sujeito desviante.

Já na década de 30 do século passado, na sociedade europeia, no contexto social do pós-guerra, surge o chamado “Estado de bem-estar social” (*Welfare State*), ideologia segundo a qual o Estado deveria atuar como força estabilizadora da sociedade. Neste ideal de Estado, o discurso penal muda, inaugurando uma perspectiva punitiva centrada no indivíduo (*homo criminalis*), que tem o homem delinquente como principal destinatário da sanção e protagonista de sua execução. Surge o chamado modernismo penal, fundamentado nos pressupostos políticos e filosóficos de um Estado de bem-estar social que se posiciona como responsável por melhorar as condições sociais da população e atua como agente ressocializador daqueles submetidos à sanção criminal (Garland, 2014). Nesse diapasão, a ressocialização aparece como opção à legitimação do poder de punir do Estado, justificando-o pragmaticamente ao afirmar que a pena visa ao “bem” tanto do condenado quanto da sociedade.

A partir dos anos 70 do século passado, começa o processo de derrocada das ideologias “re”, com as críticas à prisão desde o ponto de vista sociológico progressista e político criminal reacionário. Os efeitos deteriorantes da prisão começam a ser postos em relevo e alguns responsabilizam o próprio “tratamento” pelo alto número de reincidência. Inspirada nestes estudos, surge a teoria agnóstica da pena, segundo a qual a sanção penal não tem função jurídica justificável. Conforme essa teoria, a aplicação da pena parte do fato do poder do momento da política, pois, mesmo diante de seu comprovado fracasso na resolução dos conflitos sociais, há um crescente desejo popular de expansão da pena de prisão.

Partindo deste referencial teórico de pena (teoria agnóstica), temos que a prisão é um fato político, um exercício do poder punitivo do Estado como forma de garantir a organização da vida em uma dada sociedade e que sua

execução tem servido como instrumento de controle, exclusão e isolamento social.

Esse fato político, especialmente representado pela prisão, ocorre no seio de uma sociedade e, consequentemente, reflete sua forma de constituição. E que espécie de sociedade temos atualmente?

Na contemporaneidade, vivemos em sociedades estruturadas em classes definidas pelo consumo, principalmente na América Latina e no Ocidente. A estrutura de dominação advém do consumo e isso significa viver em uma sociedade de aparência, onde a origem étnica (casta) ou o sobrenome e a terra que se possui (propriedades) não importam, nem a posse de dinheiro e bens móveis (estratificação por acumulação). Para aparentar uma boa posição social e ser aceito pelos outros é necessário consumir ou ter crédito (não necessariamente relacionado a dinheiro ou bens).

Nesta sociedade baseada no consumo, nada é estável. A posição social pode mudar a qualquer momento e, justamente porque as pessoas se sentem inseguras em sua posição social, a demanda por segurança assume uma importância nunca antes vista. O risco de frustração e exclusão é grande e constante, pois, como diz Baumann, "não há padrões em que nível permanecer: a linha de chegada avança junto com o corredor, e as metas permanecem continuamente distantes, enquanto se tenta alcançá-las" (1998, p. 56, tradução livre nossa).

De tal modo, é certo que hodiernamente a prisão já não busca disciplinar al sujeito (Foucault, 2008), mas se contenta com a simples exclusão, contenção e controle, pautada pela constante necessidade de segurança que a sociedade sente (Baumann, 2001). Nesse cenário, o Estado tem cada vez mais deixado de ser um Estado Social para se tornar um Estado Penal (Wacquant, 2003).

Como tem sustentado Sozzo (2009), o que temos hoje não é mais uma prisão-fábrica, nem uma prisão-escola, nem uma prisão-mosteiro, nem uma prisão-família, nem uma prisão-asilo ou prisão-hospital, mas uma prisão de

confinamento e isolamento; regulação, vigilância e sanção; uma prisão segura, uma prisão em jaula ou uma prisão-depósito.

Nesse contexto social, a mídia assume papel fundamental na construção do ideal da pena de prisão. É um simbolismo com uma carga muito importante: a volta do espetáculo e da tortura pública. Como na Idade Média, em que o monarca punia publicamente o criminoso, aos olhos dos plebeus, para reforçar seu poder e transmitir a sensação de que, sob seu julgamento, a população estava a salvo, atualmente o bombardeio da mídia ante certos atos pontuais de violência e sobre a necessidade de aumentar as medidas punitivas acentuam na população a percepção de que mais encarceramento é a solução para a insegurança que se faz sentir diante da inconstância de uma sociedade estratificada baseada no crédito e no consumo.

Conforme ensinado por Garland (2014), presencia-se um novo discurso criminológico que, firmado nos vestígios de crimes escandalosos atípicos que parecem “totalmente típicos”, utiliza imagens, arquétipos e angústias sociais, e não de uma análise cuidadosa e de descobertas científicas. Uma era denominada por Anitua (2008, p. 560) de “populismo punitivo”, na qual (...) a prisão será mais prisão do que nunca. Não haverá nela já uma utopia reeducativa. A prisão sobrevive hoje como um lugar que reduz os riscos, como um presídio de vigilância para que ninguém saia do seu espaço” (p. 104, tradução livre nossa).

Partindo desse cenário, sentindo a angústia, a inquietação, a negligência, a falta de compromisso e responsabilidade de uma pessoa para com a outra e o caminho do abismo para o qual se dirige a pena de prisão, temos que é urgente a busca de um novo referencial teórico-filosófico.

Nesse contexto, encontramos Emmanuel Lévinas e sua teoria da "ética da alteridade". A forma única e profunda de pensar o ser humano deste autor tem despertado interesse, revelando-se como uma possível saída para o egoísmo e individualismo em que vive a sociedade atual e que se reflete na pena de prisão.

O pensamento levinasiano se apresenta como uma proposta de reflexão e crítica ao modelo individualista, competitivo e totalizante da sociedade contemporânea, que faz da justiça e da pena de prisão meros instrumentos para a satisfação dos anseios pessoais de uma parte dominante da sociedade. Lévinas fala do “Rosto que me desafia” e do “Outro” que nos permitem resgatar a nossa subjetividade apontando para uma responsabilidade incondicional por ele. Um “rosto que clama”, vários “rostos” que nos aparecem todos os dias a exigir justiça.

Ele coloca a ética como “filosofia primeira” e a tem como resultado da relação Eu-Outro, configurando uma nova perspectiva de reflexão, a de pensar sobre si mesmo e a sociedade a partir e com o Outro. Toda a construção levinasiana é baseada no Outro. A relação do Eu com o Outro está no centro de seu pensamento filosófico, pois para ele não existe apenas uma relação do Eu consigo mesmo, nem somente entre o Eu e o Outro, senão com diferentes seres humanos (terceiros).

Ao apresentar a alteridade absoluta como referência filosófica, Lévinas visa uma desconstrução do sujeito apropriador e centrada em seus próprios interesses, sustentada desde o período clássico até a modernidade como referência para a filosofia ocidental; um sujeito egocêntrico que deseja a sua liberdade de ser, embora à custa do sacrifício do outro. Ao contrário, Lévinas propõe a descoberta do Outro como ruptura com a totalidade, em busca da diversidade e, consequentemente, da humanidade (Bernardo Gomes, 2008).

Para Lévinas, é através da saída do Eu mesmo, que ocorre quando percebemos e abraçamos o Outro, que o sujeito se encontra. Na abertura ao Outro que está fora de nós, ressurgimos como um novo Eu, um “Eu com o Outro”. Por causa da sensibilidade pré-racional, o Eu, fechado em si mesmo, é conduzido para fora, para o exterior, e torna-se responsável por aquele que está à sua frente, levando-o para além do eu.

Essa subjetividade motiva a transformação individual e, consequentemente, da sociedade. Conforme Lévinas:

O Outro permanece infinitamente transcendente, infinitamente estranho, mas seu rosto, onde ocorre sua epifania e que me atrai, rompe com o mundo que pode ser comum a nós e cujas virtualidades estão inscritas em nossa natureza e que também desenvolvemos em nossa existência. (tradução nossa, LÉVINAS, 1988, p. 173).

A partir da crítica ao totalitarismo e ao isolamento do Ser-em-si-mesmo, o pensamento de Lévinas apresenta-se como uma importante orientação na busca de uma relação em que o ser humano preserve e respeite a irredutibilidade do outro.

Seguindo nesta linha, quando se analisa a situação dos presídios, o grau de atentado aos direitos humanos que vem sendo alcançado, percebe-se que o Estado e a sociedade não veem os presos como Outro, não respeitam sua dignidade e, consequentemente, não esperam que eles reajam como um ser humano. No imaginário social e estatal, como mostram os dados estatísticos, o que se espera é que os presos se comportem como simples animais irracionais: que e quando maltratados, voltem ao convívio social apenas mais agressivos ou tementes de serem novamente encarcerados em espaços tão degradantes. O estado e a sociedade ignoram a alteridade dos prisioneiros. Mas o que isso significa?

Significa que como "Outros" que são, os prisioneiros são um infinito transcendente. São diferentes, diversos, complexos, inteligentes, capazes de raciocínio, compreensão e organização. E tanto é assim, que cada vez mais se observam casos de ataques de planejados por organizações criminosas contra instituições de segurança pública, não mais contra autoridades individualizadas. Isso ocorre porque, como seres humanos que são, como "Outros", os reclusos perceberam que o tratamento desumano que recebem não é dedicado apenas por uma pessoa, mas por todo um sistema penal e, por isso, se organizam e reagem contra o sistema.

Reações como essas poderiam ser bastante previsíveis se os órgãos de segurança pública e a sociedade considerassem a pena de prisão sob a ótica da ética da alteridade, olhando os presos face a face, respeitando-os como

Outros, absolutamente diversos e conscientes da importância do Outro (inclusive desses Outros) para a constituição da subjetividade individual e social.

Em realidade, o que se observa é que a pena de prisão reflete o modelo altamente individualista e competitivo de humanidade dos tempos atuais, operando com base na falsa igualdade homogeneizante dos seres humanos, o que tem gerado intolerância, indiferença, exclusão e violência.

Temos que se faz necessária uma revisão dos fundamentos em que se fundamenta a pena de prisão, demonstrando, em uma atitude filosófica reflexiva, que o Direito, como fruto de uma sociedade que não acolhe o Outro, resulta em intolerância, indiferença e não assunção de responsabilidade. Ou, melhor dizendo, que o Direito é essencial para a existência plural do homem, porém, só faz sentido quando se baseia no reconhecimento da responsabilidade derivada da subjetividade acolhedora do Outro, que deve se refletir na execução da pena de prisão.

A prisão tem sido estudada, planejada e aplicada a partir de uma visão filosófica da ontologia totalizante e do individualismo maciço. Analisar-lhe desde a ótica filosófica da ética da alteridade, possibilita verificar se o não reconhecimento da alteridade dos presos é uma das causas do desrespeito a seus direitos fundamentais e, ao mesmo tempo, do aumento da violência que afeta quem está dentro e fora.

Assim, respondendo à questão inicial, acreditamos que, dentre outros fatores, a violação dos direitos humanos dos detidos continua a ocorrer porque a base filosófica da pena de prisão é a ontologia da totalidade, estimulando o individualismo de massa, o que faz com que a alteridade, a diversidade de cada pessoa seja ignorada. Cremos que a pena de prisão deveria guiar-se pela ética da alteridade, levando em consideração o preso como Outro essencial à formação da subjetividade de cada indivíduo da sociedade e, consequentemente, como parte integrante e importante na composição da subjetividade de toda a comunidade.

## Bibliografia

- ANITUA, G. I. *Histórias dos pensamentos criminológicos*. Rio de Janeiro: Revan, 2008.
- ARISTÓTELES. *Ética a Nicômaco*. Tradução de Leonel Vallandro e Gerd Bornheim da versão inglesa de W. D. Ross In: Os Pensadores. São Paulo: Nova Cultural, 1973, v.4.
- BARATTA, A. *Criminologia crítica e crítica do direito penal: introdução à sociologia do direito penal*. Rio de Janeiro: Revan, 2002.
- BAUMAN, Z. *Modernidade e Holocausto*. Rio de Janeiro: Zahar, 1998.
- BAUMAN, Z. *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Zahar, 2001.
- BECCARIA, C. *Dos delitos e das penas*. São Paulo: Revista dos Tribunais, 1999.
- BENTHAM, J. *Teoria das penas legais e tratado dos Sofismas Políticos*. São Paulo: EDIJUR, 2002.
- GOMES, C. S. C. L. *Lévinas e o outro: a ética da alteridade como fundamento da justiça*. Dissertação de Mestrado. Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro. Rio de Janeiro, 2008.
- BRASIL, Ministério da Segurança Pública. *Diagnóstico do Sistema Prisional*. Departamento Penitenciário Nacional - Ministério da Segurança Pública. Brasília, 2018.
- BRASIL, Secretaria Geral da Presidência da República. *Mapa do encarceramento: os jovens do Brasil*. Presidência da República. Brasília, 2015.
- BRASIL. Congresso Nacional. Câmara dos Deputados. Comissão Parlamentar de Inquérito do Sistema Carcerário. *CPI sistema carcerário*. Brasília: Edições Câmara, 2009.

CARVALHO, S. *Antimanual de criminologia*. 4<sup>a</sup> edição. Rio de Janeiro: Lumen Juris, 2011.

FERRI, E. *Princípios de direito criminal: o criminoso e o crime*. Trad. Soneli Maria Melloni Farina. Campinas: Bookseller, 1999.

GARLAND, D. *A Cultura do Controle – Crime e Ordem Social na Sociedade Contemporânea*. Rio de Janeiro: Editora Revan, 2014.

LÉVINAS, E. *Totalidade e infinito: ensaio sobre a exterioridade*. Tradução: José Pinto Ribeiro. Lisboa: Edições 70, 1980.

SOZZO, M. Populismo punitivo, proyecto normalizador y “prisión-depósito” en Argentina. *Sistema penal & violência*, Porto Alegre, v. 1, n. 1, jul.-dez., 2009, p. 33-65.

WACQUANT, L. *Punir os pobres. A nova gestão da miséria nos Estados Unidos*. 3<sup>a</sup> edição. Rio de Janeiro: Revan, 2003.